VII.—LA VERDADERA FELICIDAD

La verdadera felicidad es aquella que Dios tiene preparada en el Cielo para los que se salvan. Felicidad es el cumplimiento de todos los deseos, y en la tierra es imposible que estos se puedan cumplir. Pero dado el caso de que alguien consiguiese en este mundo todo aquello que deseaba, tampoco sería feliz. En esta vida es imposible la felicidad, porque este mundo ha sido creado solo al objeto de adquirir merecimientos aceptando por Dios todos los sufrimientos.

Acá en la tierra, los deseos del hombre no pueden tener adecuada satisfacción, porque el corazón humano es insaciable, y no hay nada en el mundo que pueda llenarlo. Si alguna vez alguno pudiera decir: «He conseguido todo cuanto deseaba; tengo todo cuanto había apetecido; no me falta nada de cuanto un hombre puede desear». ¿Creéis que sería feliz?— Pues, no. Precisamente entonces, cuando ya se hubiesen acabado todas sus ilusiones; cuando ya lo tuviese todo y no aspirase a conseguir algo

más, sería cuando el aburrimiento más tremendo se apoderaría de su alma, y la melancolía más atroz le harían, no el más feliz, sino precisamente el más desgraciado e infeliz.

El hombre es, por naturaleza, muy activo, y vive contento trabajando en pos de una ilusión; mientras vive con esa esperanza y se afana en su empeño, vive ilusionado y con la esperanza de una felicidad futura sufre alegre todos los trabajos de la vida. Pero, si lo que rarísima vez sucede, llegase a conseguir todo lo que deseaba, de suerte que ya no le quedase ninguna otra aspiración, reconocería la vanidad de todas sus ilusiones que no han podido llenar su corazón, y se sentiría muy triste, aburrido y desilusionado.

No sucede así con el hombre inteligente que aspire a la felicidad verdadera del cielo, porque ésa si es posible de conseguir, y ciertamente la conseguirá si lo toma con verdadero empeño e interés.

Ya hemos dicho que Dios no nos pide cosas imposibles, y que cuando no podemos otra cosa, se contenta con sola nuestra buena voluntad. Por eso, además de ser la felicidad del cielo la única verdadera, es también la más segura de conseguir. Pero, ¿qué clase de felicidad será aquélla?— Díganoslo el apóstol San Pablo, que fue arrebatado hasta el tercer cielo, donde oyó

palabras inefables que no son posible de describir: Porque «ni ojo vio, ni oído oyó, ni jamás pasó por la imaginación de ningún entendimiento humano, qué cosas tiene preparadas Dios en el cielo para aquellos que le aman». (I Cor, 2 y II Cor, 12)». El hombre animal, continúa el Apóstol, no puede entender las cosas del Espíritu de Dios» (I Cor, 2). «Nos sucede, añade San Ligorio, lo que le pasaría a un jumento si pudiese discurrir y supiese que un rico señor iba a celebrar un espléndido banquete; se imaginaría que los manjares dispuestos habían de ser exquisitos y selectos, pero semejantes a los que él usaba, porque no podría concebir nada mejor como alimento. Creería que dicho festín consistiría en comer rica avena y más exquisita cebada. Otro tanto nos sucede a nosotros, pensando en los bienes del cielo». (San Ligorio, Preparación para la Muerte).

San Agustín, que tan altamente pensó, y cuyo entendimiento fue de los mayores del mundo, queriendo escribir de la gloria y tomando la pluma en la mano, vio en su aposento un notable resplandor y sintió una fragancia tan grande que le enagenó y sacó de sí, y oyó una voz que le decía: «¿Qué intentas, Agustino? ¿Piensas que es posible agotar las gotas del mar, o abarcar con la mano toda la redondez de la tierra, y hacer que los cuerpos celestiales suspendan el curso de su movimiento? ¿Lo que ningunos ojos vieron quieres tú ver? ¿Y lo que ningu-

nos oídos percibieron quieres tú percibir? ¿Lo que ningún corazón alcanzó, ni entendimiento humano imaginó, piensas tú que los has de comprender? ¿Qué fin ha de hallarse a lo que es infinito? Y, ¿cómo puede ser «medio» lo que es inmenso? Primero serán posibles todos estos imposibles que tú puedas dar a enteneder la menor parte de la gloria que gozan los bienaventurados». (Nieremberg, Dif. Lib. IV. Cap. 1).

Mas ya que no podamos comprender cosas tan maravillosas y estupendas, por ser muy superiores a lo que alcanza nuestra inteligencia, será muy útil y conveniente que, contemplando las maravillas de la creación, consideramos cuán grande sea la sabiduría y el poder de Dios, patentes al hombre en estos visibles prodigios, para por aquí poder congeturar lo que un Señor tan sabio y poderoso habrá podido crear en aquella región de paz para la felicidad de sus queridos amigos.

Admirable es este mundo en que vivimos, con sus montes, ríos y laderas. Admirable en sus montañas y admirable en sus océanos: en todas partes se admira la sabiduría y el poder de su mano omnipotente. En las montañas admiramos el aroma y belleza de las flores, el dulce encanto de los pajarillos y el tranquilo y solitario vivir de tantos animales silvestres, que al igual que a las aves del cielo, Dios las alimenta cada día.

Admirable es también en los mares, donde la grandeza augusta de tantas aguas reunidas nos hacen pensar en la eternidad, que aún tiene mayor número de días que gotas de agua el océano.

Pero si miramos al cielo, es donde nuestra admiración sube de punto hasta llegar al colmo del asombro, viendo tanta multitud de estrellas, cada una de las cuales es todo un mundo de maravillas, de proezas y de inusitados prodigios. Porque, ¿quién es el que no se pasma al oír decir que muchas de esas estrellas son discos disconformes de fuego centenares de veces mayores que la tierra? ¿A quién no asombra fuego tan inmenso que arda sin consumirse por tantos miles de años? Y si nos hablan de los planetas. ¿Quién es el que no se maravilla de que tantos mundos solitarios vuelen decididos por el espacio, llevando sobre su esfera multitud de seres desconocidos, que tal vez triunfan entre selvas vírgenes de ricos y opulentos pastos? ¿Qué clase de árboles habrá en esos mundos ,qué desconocidas flores, qué de insospechados frutos, y qué de nunca soñadas ni pensadas maravillas?

Pues todo esto es obra de las manos de aquel Señor omnipotente que desea ansioso tenerte por amigo, para poder llevarte a su palacio, donde las maravillas y los insospechados prodigios son superiores al pensamiento huma-

no, e indescriptibles al lenguaje de los hombres.

Aquella es verdadera felicidad, donde el Omnipotente tiene reunido en un solo lugar todo lo más estupendo y maravilloso de cuanto su infinito saber ha podido imaginar. Allí se verán los árboles en perpetua primavera, revestidos de las más bellas flores y cargados de los más exquisitos y sabrosos frutos. Aquello será todo un ameno jardín, donde cantan alegres multitud de pájaros celestiales cuales nunca la imaginación del hombre sospechó. Los palacios serán de oro y piedras preciosas, y sus moradores más bellos y resplandecientes que el sol. Allí no habrá riñas ni altercadas discusiones, porque todos serán hermanos y amigos eternos de Dios. Aquella es, pues, la verdadera felicidad, y todo lo que aquello no es, comparado con ella es asco, inmundicia, cieno y horror.

San Pedro Damiano, hablando de la felicidad de la gloria, dice así: «¿Quién podrá explicar la alegría de aquella paz soberana, donde los edificios son de piedras preciosas, los tejados están cubiertos de oro purísimo, las salas resplandecientes con maravillosa claridad, y toda la obra es de piedras de inestimable valor? Allí, las calles de la ciudad son ladrilladas de oro más puro que un cristal, sin polvo ni lodo ni inmundicia alguna. Allí, la aspereza del invierno ni el ardor del estío no tienen lugar. Allí, las rosas y flores que no se marchitan, hacen una

perpetua primavera. Allí blanquean las azucenas y manan mil fuentes de bálsamo; los prados están siempre verdes y hermosos, y corren los ríos de miel en gran abundancia; los perfumes suávisimos y aromáticos echan de sí una deliciosa fragancia. Allí las deliciosas manzanas están colgadas en aquellos bosques floridos para siempre. No habrá noche ni sucesión de tiempo, sino todo un día constante y perpetuo, y cada uno de los santos resplandece como el sol.

Allí hay siempre armonía y música de suavísimas voces, que regalan y deleitan los oídos, y los órganos y los instrumentos músicos sirven para alavanza del Señor».

Los santos y escritores piadosos con bastante frecuencia nos pintan la gloria de esta manera, acumulando en ella todo cuanto de bueno y agradable a nuestros bajos sentidos conoce nuestro entedimiento. Hacemos como el jumento de San Ligorio: imaginamos una gloria material conforme a nuestro rudo entender; pero no queremos decir con esto que ella sea así en verdad. La gloria verdadera, como dice San Pablo, es muy superior a la inteligencia del hombre, y está muy por encima de todo humano entendimiento.

Nadie puede saber lo que es en realidad la gloria: ningún hombre puede saber exactamente en qué consiste; pero es muy bueno imaginár-

nosla de esa forma material como lo hacían los santos, y cuando nos hayamos figurado algo muy bueno y maraviloso, digamos para nuestro corazón: «Si no hubiera otra cosa mejor, esto sería la gloria, y si la gloria no es esto, es porque todavía es mejor».

VIII.—DIFERENCIA ENTRE LO TEMPORAL Y LO ETERNO

Después de haber considerado en la dicha y felicidad que Dios dará a los buenos en el cielo, consideramos también por cuánto tiempo será; porque si todo ello durara una plazo de tiempo igual al tiempo que antes se haya vivido en este mundo, sería un premio justo y razonable, pues si has vivido 50 años sacrificado, obedeciendo a Dios, justo sería que después te premiase con otros 50 años, dándote los mayores y más inexplicables placeres. Pero qué diríamos del que por sólo 50 años de privaciones, luego en el cielo le dieran cincuenta mil años de placeres y felicidad? ¿No sería una indecible locura el no querer aceptar cambio tan maravilloso? Y, pues, si esto sería una locura indecible, ¿qué diríamos de aquél que no aceptase a vivir solamente esos 50 años cristianamente a cambio de una felicidad que habría de durar 50 millones de años? Si somos inteligentes y no tenemos turbada la razón, comprenderemos que no puede tener nombre la locura de aquel que no quisiese aceptar tan ventajoso cambio.

Y, sin embargo, sabemos que el mundo está lleno de personas que lo están haciendo ;no se trata solamente de un loco desafortunado que no ha comprendido la grandeza de lo que se le ofrece ni el incalculable valor de todo lo que pierde: se trata de millones y millones de hombres que andan por el mundo con el rostro levantado y en corazón ingreído como si todo el mundo fuera suyo y nada tuvieran que temer. ¡Oh, locos del mundo que tan ciegos estáis! ¿No entendéis que todos esos mentirosos placeres del mundo van a acabar muy pronto, y que a cambio de ellos podrías conquistar otra clase de placeres verdaderos que nunca jamás se habrían de acabar? ¿No sabéis que a cambio de unos placeres mentirosos, que tal vez solamente durarán unos días, Dios os tiene ofrecida toda una eternidad de la más deliciosa gloria? ¿Acaso no habéis pensado nunca qué significa «toda la eternidad»?

¿Qué es, pues, la eternidad? Hablando de esto, dice el V. P. Nieremberg, que nadie podrá decir lo que es la eternidad, sino sólo lo que no es; porque por mucho que se diga y se hable de ella y se trate de aclarar, nunca se le llegará ni a las plantas de los pies. Todo lo que se puede decir: la cifra mayor que podamos imaginar es algo limitado, y de lo limitado a lo infinito no hay comparación.

Pongamos un ejemplo: consideremos el río

mayor y más caudaloso del mundo: podría ser el Amazonas. ¿Cuántos litros de agua arrojará al mar en un día? Y, ¿cuántos en un año? Serían muchísimos, pero por muchos que fuesen, podría echar aún más agua cualquier pequeño grifo si no se le limitaba el tiempo. Eso es la eternidad, no tiene límite, y por eso no hay nada que se le pueda comparar.

«Considérese, dice San Buenaventura, que un condenado derramase de cien a cien años una lágrima solamente, y se fuesen guardando cada gota de éstas hasta que viniesen después de innumerables años a ser tantas que igualasen con el mar. ¿Cuántos millones de años serían necesarios para igualar, no digo ya el mar Océano, sino a un solo arroyuelo? Por ventura, ¿podríase decir después de lleno un mar en tantos millones de siglos: «Esto es la eternidad, aquí acabó»? No, sino, empezó. Tórnese a guardar otra vez las gotas de lágrimas tan tardías de aquel miserable condenado, y llenen otra vez el piélago después de tantos millones de centenares de años. ¿Acabaríase entonces la eternidad? No, sino que empezaría como el primer día. Repítase lo mismo otras diez, otras veinte y otras cien mil veces: hínchense y rebosen otros cien mil océanos con las pausas y tardanzas que hemos dicho. ¿Toparíase, por ventura, con el suelo de la eternidad? No, sino que nos que-

daríamos en la superficie, y tan profunda e inapelable estaría ella como el primer día».

Reflexionando en estas cosas, San Juan de Avila escribía: «El que cree en la eternidad y no se hace santo, merecía que lo encerrasen en una casa de locos». Cierto que es de locos vivir como vivimos, preocupándonos tanto de las cosas de esta vida donde no sabemos cuánto vamos a vivir, y estando tan despreocupados de las cosas eternas, donde la vida, buena o mala, no puede tener fin.

Si a una persona le dijeran: «Si te portas bien un día, te daré unas vacaciones de un mes». ¿No sería de tontos no aceptar? Pero si, en cambio, le dijesen: «Si te portas bien sólo una hora te daré unas vacaciones de un año». ¿No consideraríamos su locura aún mucho mayor? Pero consideremos una promesa todavía mucho mejor; pensemos que no por un día, ni siquiera por una hora, sino que por un solo minuto que nos portemos bien, nos ofrecen unas vacaciones para toda la vida..., vacaciones pagadas con todo el dinero que pudiéramos gastar, y con la firme garantía de que íbamos a vivir más de cien años sin ningún contratiempo ni enfermedad... ¿Qué locura sería la de aquél que no aceptase esta proposición? Y, sin embargo, nos dice la fe que todo eso no sería nada si lo comparamos con la realidad de los que no acep-

tan el vivir cristianamente toda su vida para merecer la eterna felicidad.

Porque si se nos apareciera un ángel y de parte de Dios nos dijera: «Ahora mismo aún te quedan cien años de vida, y por cada minuto de tu vida que te portes bien conseguirás cién años de gloria». Si creyendo en las palabras del ángel tratásemos de aprovechar al máximo todos los minutos de nuestra vida, ¿sabéis cuántos años de gloria podríamos conseguir? Cinco mil doscientos cincuenta y nueve millones, seiscientas mil (5.259.600.000). He aquí que esto que nos parecía tan grande se reduce a un número de sólo diez cifras. Cien años no son más que cincuenta y dos milones, quinientos noventa y seis mil minutos, que multiplicados por cien (a razón de cien años de felicidad por cada minuto de tu vida), sólo dan la cifra dicha. ¿Pues qué será la eternidad que, como dice el P. Nieremberg, aunque todo el universo estuviese lleno de números, y aunque todos ellos se pusiesen en una línea para expresar una cantidad, aún entonces, no podrían llegar ni a los pies de la eternidad.

Esto que acabamos de decir no lo podrán entender los que no sepan de matemáticas, pero los que saben que con cada número que le añadimos multiplicamos la cantidad anterior por diez, consideren a dónde llegaríamos si tratásemos de colocar en un solo renglón todos los nú-

meros que pudieran caber en toda la inmensidad del universo.

Pues, ¿qué locura será la de aquellos que por no sacrificar cosa tan pequeña como es el tiempo de esta vida, pierden un bien tan largo y duradero como es la gloria eterna? Porque así, como sería una incomprensible locura la de aquellos que por no pasar un trabajo de una hora perdieran una fiesta de cien años, aún es mucho más incomprensible la idiotez de los que por no sacrificarse en este mundo pierden la gloria del otro. Es locura mucho mayor y más tremenda, perder la felicidad eterna por no sacrificarse cien años en esta vida, que si se perdiera una deliciosa fiesta de muchos trillones de años por no sufrir una pequeña molestia durante sólo un minuto.

Es la eternidad un piélago tan inmenso y océano tan infinito que, aunque los más grandes doctos escribieran centenares de libros para explicarla, no nos podrían dar la más pequeña idea de lo que en realidad es; porque no cabe en nuestro concepto, ni puede tener explicación por entendimientos limitados aquello que es ilimitado e infinito.

En nuestro entendimiento podría caber una distancia de tiempo muy larga, pero nunca infinita. Podría ser tan larga que se asombrasen

las más sutiles inteligencias y se pasmasen los más entendidos; pero todo ello no sería nada comparado con la verdadera eternidad.

Llegará el día que habrán pasado tantos añ os que tú leíste estas líneas, cuantas gotas de agua hay en los mares, arenas en las playas, hierbas en los campos y estrellas en el cielo: y tú todavía estarás en alguna parte. Si no estás en el Cielo, necesariamente tendrás que estar en el infierno, pero donde quiera que estés, estarás vivo y con sano entendimiento para acordarte de los días que pasaste en este mundo. A la vista de aquella cadena de interminables millones de años que estás en la eternidad, al volver la vista atrás y recordar los días de esta vida ¿cómo te abultarán? Si estuvieras en el infierno, y habiendo pasado en aquel lugar tantos millones y millones de años, ¿seguirás pensando aún que mereció la pena haberlo pasado bien en este mundo aunque por ello tengas que prolongar tu estancia en el infierno toda la eternidad?

Por el contrario: si estás en el cielo: si ya llevas tantos millones de años gozando de aquella fiesta eterna ¿qué te parecerá de lo que hiciste en esta vida, que fue el precio que pagaste por aquel bien tan inmenso? ¿Acaso pensarás

que lo pagaste caro? ¿Pues, cómo ahora te duele hacer un pequeño sacrificio, que será el precio de un bien tan infinito?

IX.—EL MUNDO ESTA LOCO

Para averiguar si un hombre está cuerdo o ha perdido el juicio, no necesitamos más que reparar en lo que piensa y en lo que hace; pues no hay prueba mejor para demostrar la locura de alguien como lo disparatado de sus pensamientos y lo desacertado de sus acciones. Cuantos mayores disparates le oigamos decir, y más grandes desaciertos cometer en las cosas que hace, por más grande juzgaremos su locura.

«Los médicos, dice el V. P. Nieremberg, de ninguna señal tanto se aprovechan para conocer si un hombre está cuerdo o perturbado, como mirarle a las cosas que hace y a los dichos y sentimientos de las cosas. Si éstos son buenos y sanos, es cierto que tiene salud y buena disposición en el juicio, y si lesos y dañados, infaliblemente está enfermo.

«En este argumento se fundó aquel filósofo Demócrito para probar a Hipócrates que todo el

mundo estaba loco; y así, considerando este filósofo el juicio que tenía el mundo tan devariado de las cosas, su vida era una continua risa, pareciéndole que este mundo no era más que una casa de locos, cuya vida era una comedia graciosa representada para hacer reir a los hombres. Y la enfermedad y locura que para Demócrito era materia de risa, le era a otro filósofo llamado Heráclito, de sentimiento y de llanto» (Nieremberg, Aprecio y Estima de la Divina Gracia).

Pues si por los dichos y acciones ha de conocerse la cordura de un hombre, ¿qué locura será la de aquellos que, como dice el Espíritu Santo, no saben discernir entre el bien y el mal, llamando malo a lo bueno y a lo bueno malo? Y aquellos que lloran sin consuelo porque han perdido su dinero, y cuando les ofrece Dios su gracia, que es el mayor tesoro que se puede poseer, lo desprecian como cosa inútil y sin provecho? ¿Qué mayor insensatez que preferir esta vida a la eterna y los insípidos placeres de este mundo a las delicias de la gloria? ¿Puede darse torpeza mayor que asustarse de una enfermedad y no tener miedo al infierno eterno?

«¿No tendríamos por loco, dice San Ligorio, al que para ganar un céntimo enseguida, arries-

gase el perder toda su hacienda? Pues el que a trueque de un breve placer, añade el santo, pierde su alma y se expone en peligro de perderla para siempre, ¿no ha de ser tenido por loco?» Pues, ¿cuántos hay en el mundo que sepan pesar las cosas y darle a cada una su verdadero aprecio y estimación? «Esta es la causa, dice el P. Nieremberg, por qué David llama tan a boca llena a todos los hombres «mentirosos en sus balanzas», como si dijera, en sus juicios; porque todo es una continua mentira y error, juzgando las cosas que no son más que representación de felicidad por la misma felicidad verdadera. Con razón dijo que son pesos falsos, porque si se pone en un platillo un punto de honra y en el otro el Cielo, irá el Cielo a lo alto y vendrá el punto al suelo: si en un platillo ponemos un deleite, que es tan momentáneo, y en el otro ponemos el infierno, irá el platillo de la eterna condenación tan alta, que se irá uno al infierno a trueque de no dejar su gusto».

Por eso el Espíritu Santo dice tantas veces en la Sagrada Escritura que el mundo está loco, y nos recomienda que si hemos de querer ser sabios, y obrar como tales con prudencia, acierto y discreción, necesariamente tenemos que pasar a los ojos de los mundanos como locos y faltos de juicio. Porque si la «sabiduría del mun-

do es una necedad delante de Dios» (I Cor, 3, 19), no puede ser menos de que la sabiduría de Dios parezca una necedad a los ojos del mundo.

He aquí las palabras del Apóstol: «Si alguno de vosotros se tiene por sabio, según el mundo, hágase necio a los ojos de los mundanos, a fin de ser sabio a los de Dios; porque la sabiduría de este mundo es necedad delante de Dios» (I Cor, 3).

La verdadera sabiduría consiste en sacrificar esta vida por la eterna, y en llevar en este mundo una vida austera y mortificada para ganar méritos para el Cielo, pues sólo ellos son los que constituirán nuestra riqueza eterna. En cambio, a los del mundo no se les puede hablar de penitencias y mortificaciones; no piensan en la eternidad, y para ellos lo más prudente es aprovecharse de todas las ocasiones que se le ofrezcan de pasarlo bien, aunque con ello tengan que sacrificar la felicidad del Cielo.

Por eso dice el Espíritu Santo: «A la verdad que la predicación de la cruz parece una necedad a los ojos de los que se pierden; más para los que se salvan es la virtud y poder de Dios. Así está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios y desecharé la prudencia de los prudentes. ¿Dónde están los sabios? ¿Dónde los escri-

bas o doctores de la ley? ¿Dónde esos espíritus curiosos de las ciencias de este mundo? Porque, ya que el mundo a vista de la sabiduría divina no conoció a Dios por medio de la ciencia humana, plugo a Dios salvar a los que creyesen en El por medio de la locura de la cruz... Pues Dios ha escogido a los necios del mundo para confundir a los sabios» (I Cor, 1).

X.—PARA ASEGURAR LA SALVACION

Siendo el negocio de la salvación el único negocio del hombre, la cosa que más le importa y el mayor de todos sus intereses, bien merece que estudiemos en un capítulo aparte las prácticas de devoción más eficaces para asegurar la salvación. Estas prácticas son las siguientes:

1.ª—LA LECTURA ESPIRITUAL

La lectura de libros espirituales es muy útil y conveniente para todos, pero para los que no hacen oración mental le es absolutamente necesaria, porque ella les puede servir de meditación, y sin meditación no hay salvación.

Dice la Escritura: «Está horrorosamente desolada toda la tierra, porque no hay quien reflexione en su corazón» (Jer., 1., 11). Por eso decía San Felipe Neri y otros santos que, sin medita-

ción, es imposible la salvación. Pero la lectura espiritual, dice Boylán, «puede ser una buena meditación si se hace con pausa y reflexión». El que hace bien la meditación no peca, pues lo dice el Espíritu Santo: «Acuérdate de tus postrimerías y nunca jamás pecarás» (Ecli., VII, 40).

2.ª—LA DEVOCION A LA SANTISIMA VIRGEN

Otra práctica infalible para asegurar la salvación es el amor y devoción a la Santísima Virgen. San Alfonso M.ª de Ligorio dice expresamente que «es imposible que se condene el que es devoto de la Virgen». Multitud de libros están llenos de ejemplos que nos persuaden que los devotos de la Santísima Virgen se salvan siempre. Nadie ha recurrido jamás a sus pies que haya sido desoído; que por eso decía San Bernardo: «¿Quién jamás la invocó que haya sido desechado? Consiento, añadía, en que no publique ni alave más vuestra misericordia aquél que se acordare de que habiéndoos invocado Vos le desamparastéis». Al contrario, los que no son devotos de esta Señora, dicen San Alberto Magno, San Anselmo y otros santos que es imposible que se salven.

3.°—LA MEDITACION DE LA SAGRADA PASION

La meditación de la pasión de Cristo es la cosa más eficaz y más útil en el negocio de nuestra salvación, porque meditando en ella, no solamente nos haremos fuertes para luchar contra todas las tentaciones, sino que, además, nos sentiremos como forzados a amar a Aquél que de tal manera nos amó. «La caridad de Cristo nos fuerza al considerar que El murió por todos..., para que los que viven no vivan ya para sí, sino para Aquél que murió por todos». (San Pablo).

San Francisco de Sales, comentando este pasaje, dice así: «No podemos considerar la muerte del Señor sin que nos veamos como oprimidos y estrujados bajo la poderosa acción de una prensa que forzosamente nos obligará a amarle».

Orígenes decía: «Es cosa averiguada que no puede reinar el pecado en un alma que medita en la pasión del Salvador». Y San Agustín: «No hay cosa más útil para alcanzar la salvación que meditar todos los días en la pasión de Jesucristo». San Bernardo: «No hay cosa más apropósito para santificar el alma que meditar todos

los días en la pasión de Cristo y su muerte». San Buenaventura: «La meditación en la pasión de Cristo es el ejercicio más útil para santificar el alma». Y San Ligorio: «Pensando con frecuencia en la pasión del Señor, necesariamente le hemos de amar».

San Agustín llegó a decir que «vale más una sola lágrima derramada en memoria de la pasión del Señor, que hacer una peregrinación a Jerusalén y ayunar a pan y agua todo un año». Y San Alberto Magno asegura que «sólo un pensamiento de la pasión de Jesucristo trae más provecho al alma que si ayunara todo un año a pan y agua, y se disciplinará cada día hasta derramar sangre».

4.ª—LA ORACION

A propio intento hemos dejado para el final lo más importante de todo en el negocio de la salvación, que es la práctica de la oración; queremos que lo que vamos a decir aquí se tenga siempre muy presente y no se olvide nunca, y por eso lo hemos dejado para el final.

Yo sé por propia experiencia que lo más

importante en la vida; el propósito que con más empeño y valor debo cumplir a rajatabla, para poder ser fiel a Dios y conseguir el suficiente ánimo y valor para negarme a mi mismo y hacer en todo la voluntad de Dios, es la oración. Cuanto más y mejor cumpla con la oración, más y mejor haré todo lo demás que me pida Dios. Si me descuido en la oración, me descuidaré en todo lo demás y no podré serle fiel.

La santidad, claro está que no es sólo la oración; la santidad es esencialmente la caridad, y la caridad para que sea perfecta tiene que ir acompañada de todas las virtudes. Pero la caridad no podrá existir, ni tampoco ninguna de las otras virtudes sin el ejercicio de la oración. No vale que me empeñe en ser caritativo, ni en ser humilde, ni en ser puro, si no hago oración; porque solamente seré tan caritativo y tan humilde y tan puro, cuanta sea mi oración.

Estoy tan persuadido de esta verdad que quisiera ser un buen escritor para escribir sobre este tema un gran libro; pero sé que no sirvo para eso. ¿Quién soy yo para que se me crea y se le dé a lo que yo dijera la importancia que esto tiene? Por eso renuncio a escribir y me limitaré a copiar a quienes sí que tienen la suficiente categoría y autoridad para que se les crea.

En primer lugar, citaré a San Alfonso María de Ligorio, doctor de la Iglesia, considerado como «el mejor escritor religioso de los últimos siglos». (B. A. C. Obras Ascéticas de San Ligorio). No se equivocan los que dicen que San Ligorio es el mejor escritor de los últimos siglos, pues escribió muchos y muy valiosísimos libros, y algunos tan importantes como el de Las Glorias de María, considerado como el mejor libro después de La Biblia, editado infinidad de veces en todos los países católicos del mundo, y, sin embargo, de haber escrito tanto y tan bueno, confiesa el autor que la mejor de todas sus obras no es otra que el pequeño opúsculo titulado «DEL GRAN MEDIO DE LA ORACION».

«Varias son las obras que he publicado, dice el santo, más tengo para mí que no he escrito hasta ahora libro más útil que éste, que trata de la oración, porque creo que es el medio más necesario y seguro de alcanzar la salvación y todas las gracias que a ella conducen. Estoy tan seguro de esto que, si me fuera posible quisiera lanzar al mundo tantos ejemplares de esta obra mía, cuantos son los cristianos que viven en el mundo y a todos gustosamente se la regalaría para ver si llegaban a comprender la necesidad que tenemos de la oración para salvarnos.

«Hablo así, porque veo, por una parte, la absoluta necesidad que tenemos de la oración, según doctrina repetida en las Sagradas Escrituras y en los libros de los santos Padres, y, por otra, el poco cuidado que los cristianos tienen en practicar este gran medio de salvación.

Y aún hay otra cosa que más dolorosamente me aflige: y es el ver que los predicadores y confesores hablan muy poco de esto a sus oyentes y a las almas que dirigen, y que los libros piadosos que andan hoy en manos de los fieles no tratan con bastante insistencia de este gravísimo tema. Y, sin embargo, creo yo que predicadores, confesores y libros de ninguna otra cosa debieran tratar con mayor ahínco y persuasión que este asunto de la oración. No andan flojos en inculcar otros excelentes medios para que las almas se conserven en gracia de Dios, tales como la huida de las ocasiones, la frecuencia de los sacramentos, la resistencia contra las tentaciones, el oír la palabra de Dios, el meditar las verdades eternas y muchos más. Y ¿quién niega que sean todos ellos utilísimos para ese fin? Pero pregunto yo a mi vez: ¿Y de qué valen los sermones, las meditaciones y tantos otros medios que largamente exponen los maestros de la vida espiritual sin la oración, pues de ella ha dicho el Señor que es tan necesaria que no

concederá sus gracias a aquéllos que no rezan? «Pedid y recibiréis»: he aquí su solemne y divina afirmación.

Sin oración, según los planes ordinarios de la Providencia, inútiles serán las meditaciones y vanos nuestros propósitos y nuestras promesas. Si no rezamos seremos infieles a las luces recibidas de Dios y a las promesas que hayamos hecho en nuestro corazón. Y la razón de esto es que para hacer actualmente el bien, para vencer las tentaciones, para ejercitarnos en la virtud, en una sola palabra, para observar totalmente los mandamientos de Dios no bastan las luces recibidas ni las consideraciones y propósitos que hemos hecho: se necesita, sobre todo, la ayuda actual de Dios, y esta ayuda actual no la concede el Señor, sino al que reza y en la oración persevera hasta el fin...»

«El que hace oración mental es imposible que persevere en pecado, porque, una de dos, o deja el pecado o abandona la oración. Oración mental y pecado no pueden estar juntos...»

«Sin oración es cosa muy difícil el que nos podamos salvar; tan difícil que es del todo imposible, según la providencia ordinaria; más con la oración la salvación es segura y fácil». Hasta aquí son palabras del santo doctor, y para

que veamos cómo coincidía en sus afirmaciones con todos los grandes santos, veamos ahora algunas de sus más rotundas aseveraciones.

SAN JUAN CRISOSTOMO.—«A la oración debiéramos considerarla como el colmo y término de todos nuestros bienes... Ella es la que produce en nosotros una vida santa... El no amar la oración es locura, y el que vive sin ella está ya muerto y corrompido... No hay señal más clara para conocer la virtud de un hombre que el ver el aprecio que éste hace de la oración... Es una verdad de todos manifiesta, que sin la oración no se puede vivir virtuosamente. Ella es la única arma que nos defiende por completo.

«La oración es la cabeza de todos los bienes y el fundamento y raíz de una vida provechosa. La oración fortalece nuestra vida y sin ella nada habría en nosotros de bueno y saludable. La oración es para el hombre lo que el agua es para las plantas, o, más bien, lo que el agua es para los peces...

«Aunque seas perro, si eres asiduo en la oración, serás preferido al hijo descuidado... No digas: Dios es mi enemigo y no me escuchará,

porque si eres asiduo en la oración, pronto te dará respuesta, si ya no por ser su amigo, al menos por ser pertinaz... No digas: «Mucho he pecado y no puedo rogar a quien tengo irritado», porque no mira Dios a la dignidad o merecimiento, sino a la intención... Pues cuando no le pedimos es cuando se aíra: y cuando no le rogamos es cuando se aparta de nosotros.

«Si a un hombre le pides continuamente se te tendrá por pesado y molesto; pero no es así Dios, el cual se molesta precisamente cuando no le pides, y si perseveras pidiendo, aún cuando inmediatamente no recibas, recibirás infaliblemente. Pues si encuentras la puerta cerrada, es justamente porque quiere obligarte a que llames, y si no te escucha enseguida es para que sigas pidiendo. Sigue, pues, pidiendo e infaliblemente recibirás». (Serm. sobre San Mateo).

SAN HILARIO.—Habiendo puesto Cristo Nuestro Señor leyes difíciles de cumplir luego, dió este consejo: «Pedid y recibiréis», para indicarnos la manera de poderlas cumplir... La consecución de todas las gracias divinas, depende únicamente de la oración».

SAN JOSE DE CALASANZ.—Sin oración no se puede perseverar en el servicio de Dios... La oración es a manera de un canal por el que nos vienen todas las gracias... La oración es tan necesaria para el hombre interior como el alimento lo es para el hombre exterior».

SAN PEDRO DE ALCANTARA.—«Sin la gracia de la oración es imposible mortificar la carne y aún mucho más mortificar el espíritu».

SAN FRANCISCO DE SALES.—No hay cosa que purifique más el entendimiento de ignorancias y la voluntad de afectos depravados que la oración».

SAN JUAN BERCHMANS.—«Toda apostasía en la religión tiene su origen en la falta de oración. Si hago bien mi oración, perseveraré en mi vocación».

SAN LEONARDO DE PORTOMAURICIO.—«Tomad, pues, y conservad este importante consejo: Tened por día perdido aquél en el que no hacéis oración».

SAN FELIPE NERI.—«La oración mental y el pecado no pueden estar juntos. Un hombre sin oración es como un animal sin razón».

SAN ANTONIO MARIA CLARET.—«La oración es el más rico y más necesario de todos los dones de Dios».

SAN EFREN.—(No hay en la vida del hombre tesoro comparable a la oración».

SAN NILO.—«No dará Dios la preseverancia, sino al que se la pida con perseverante oración».

SAN AGUSTIN.—«SI QUIERES VIVIR CRISTIANAMENTE CON FACILIDAD, HAZ MUCHA ORACION Y LO CONSEGUIRAS».

SANTA TERESA DE JESUS.—«Como se haga la oración QUE ES LO MAS IMPORTANTE, no dejará de hacerse todo lo demás...

«La oración es el camino real para el Cielo, y camino seguro... No me parece es otra cosa perder el camino, sino dejar la oración...

«Nadie puede hacerse a sí mismo mayor daño que dejar de tener oración...

Las almas sin oración son como un cuerpo tullido que aunque tiene pies y manos no se puede menear... El que persevere en la oración, por más pecados y tentaciones y caídas que ponga el demonio, tengo por cierto que la sacará el Señor a puerto de luz».

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS.—«La oración y el sacrificio son mis armas invencibles; constituyen todas mis fuerzas, y sé por experiencia que conmueven los corazones mucho más que las palabras».

Y termino recogiendo algunos pensamientos de la carta de LUCIA, la vidente de Fátima, a su sobrino el P. José: «Lo que te recomiendo, por encima de todo, es que te llegues al sagrario y reces .En la oración fervorosa recibes la luz, la fuerza y la gracia que necesitas... Sigue este camino y verás que en la oración encontrarás más ciencia, más luz, más fuerza, más gracia y virtud de lo que pudieras conseguir leyendo muchos libros o haciendo grandes estudios. Nunca consideres malgastado el tiempo que pases en la oración... Que falte tiempo para todo lo demás, pero nunca para la oración... Estoy convencida de que la principal causa del mal que hay en el mundo y de los fallos de tantas personas consagradas es la falta de unión con Dios a través de la oración».

– INDICE –

I Todos los hombres desean la felicidad.

II Dios es el autor de todos los acontecimientos.

III Amigos de Dios.

IV Como se consigue la amistad con Dios.

V El misterio de la adversidad.

VI Se aclara el misterio.

VII La verdadera felicidad.

VIII Diferencia entre lo temporal y lo eterno.

IX El mundo está loco.

X Para asegurar la salvación.